

BUROCRATISMO Y POLITIGUERIA: EL DOBLE CANCER DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Carlos Molina Jiménez



Las líneas que siguen no son más que una vehemente apreciación personal acerca de las causas del estado de postración que vive actualmente la Universidad Nacional. Cuando uno tiende la mirada sobre el presente cuadro de miseria material y decadencia que muestra la Institución, advierte que por lo menos dos cosas, desdichadamente, se han consolidado a plenitud en nuestros quince años de historia: un opulento y pesado aparato burocrático y un manejo politiquero de muchos asuntos importantes —y no importantes, también—.

Cabe agregar que se trata en ambos casos de realidades institucionales, no de expresiones de designios personales; por lo que no se puede imputar directamente a individuos la responsabilidad de las acciones que perpetran estas maquinarias.

Claro está que hay un componente de origen externo en la actual problemática soportada por la Universidad: el efecto de las graves restricciones presupuestarias impulsadas por el Gobierno, en consonancia con las directrices político-económicas propulsadas por algunas organizaciones internacionales y la administración Reagan. Pero con todo y ser tan importante, no es este, a mi juicio, el mayor problema que sufre la UNA. Lo es realidad el conformado por la conjugación de los dos elementos antes señalados. Es este último el que ha originado buena parte de las situaciones que la crisis vuelve inmanejables; es él también el que impide desplegar una adecuada capacidad de respuesta y maniobra en estos momentos de "vacas flacas"; y

sería él, igualmente, el que entorpecería —y entorpece ahora— cualquier intento de aprovechar sensatamente las oportunidades que pudieran presentarse, incluida alguna improbable situación de bonanza que fuera dable en el futuro.

En función de su particular desarrollo histórico y de su peculiar modo de trabajo, la Universidad ha generado ese aparato burocrático que la caracteriza y esa gestión altamente politizada de sus asuntos, confirmando asimismo a estos dos factores un papel de cardinal relevancia en su funcionamiento institucional.

En cuanto al segundo de los aspectos anotados, debe decirse que la UNA nació dentro de una situación de aguda polarización política originada en la Universidad de Costa Rica en torno al Tercer Congreso Universitario. Por esta razón desde su mismo inicio, la Universidad Nacional confirió a la actividad política un lugar descollante en su quehacer institucional.

Y en lo que concierne al problema burocrático, se puede observar que la UNA fue, a este respecto, planeada en grande también desde un principio. Su aparato administrativo no es el resultado de un crecimiento natural y espontáneo, sino de los planes y expectativas que se tenían entonces. Por ello en muchos casos las soluciones se anticiparon a los problemas, dando lugar a dificultades ulteriores de ajuste y proporción entre ambos términos. El efecto global de todo esto, ha sido que nuestra Universidad ha contado desde siempre con un aparato administrativo descomedidamente grande y poderoso.

Este planteamiento inicial y su posterior consolidación, ha dado lugar en ambos casos a la formación de estructuras concretas sólidamente arraigadas en la vida de la Universidad. Una de estas estructuras —la burocrática— existe enteramente dentro del organigrama de la Institución; la otra —la política— tiene un modo de existencia extraoficial, aunque plenamente legitimado por los usos y el esquema organizativo de la Universidad. Ciertamente ambas estructuras son indispensables. El problema no consiste en que existan. Una Universidad sin administración, por mínima que sea, es impensable. Y sin vida política, sería esencialmente incompleta o, al menos, vería mermada su capacidad para cumplir cabalmente su misión primordial. La cuestión es ante todo un asunto de proporcionalidad, oportunidad y buen juicio aplicados a la realidad institucional de la Universidad.

Ilustro lo dicho: la extraordinaria importancia alcanzada por la instancia política, resultaba totalmente razonable en los años iniciales de la Universidad, cuando estaba planteada la cuestión del modelo académico que ésta habría de asumir. Actualmente la actividad política han tenido a degenerar, según mi criterio, en práctica electorera y en mera búsqueda del poder. Sigue centrándose en un conflicto ideológico que ya hace mucho perdió la primacía que en otro momento ostentaba por derecho propio. Este planteamiento se mantiene hoy día en funciones (a mi juicio para mal de todos) en parte por inercia, en cuanto es un elemento del statu quo universitario, y en

parte por la viveza de unos y la estulticia de otros. Pero el resultado de esta innecesaria prolongación de su vigencia, es doblemente negativo: por un lado se mantiene en el tapete una problemática de orden ideológico que a estas alturas resulta bastante artificiosa y en gran medida rebasada, y en cuyo cultivo se dilapidan enormes cantidades de energías humanas. -Personalmente no encuentro mejor nombre para este fenómeno que el de ritualización de la política universitaria-. Y, por otro, se soterra y se impide el desarrollo de las problemáticas concretas realmente relevantes, que surgen en los distintos ámbitos universitarios. Estas últimas permanecen, en perpetuo estado embrionario, se manifiestan apenas, sordamente, ya que no encuentran lugar y medios para su plena expresión, por hallarse el ámbito político, en el que deberían dilucidarse y debatirse, atiborrado por la presencia de aquel fantasma del pasado.

De todos modos, ya sea en este caso o en el otro, el problema radica en la desmesura y en la extralimitación que ha caracterizado al rol y a la acción de este par de estructuras; lo cual ha llevado a la postergación, arrinconamiento y sustitución de otros factores esenciales a la vida de la institución en tanto que Universidad.

Mi opinión es que estas estructuras, dado su alto nivel de consolidación y su papel central en la Universidad, se han vuelto capaces de auto-perpetuación y de una dinámica interna de crecimiento, independiente de sus razones originarias de ser. En mi criterio, hay un nivel en que las cosas funcionan así: porque están allí, cada una de estas entidades segrega su propia función y plantea la necesidad de su propia existencia. De este modo en no pocos casos se produce, en la UNA, un trastrueque de la relación entre motivo y actividad. Es decir, no hay aparato administrativo porque exista un trámite administrativo por cumplir; sino que hay trámite administrativo -complicado, engorroso, lleno de etapas- porque hay un aparato administrativo que está allí. E, igualmente, no hay aparatos políticos porque haya acción política que llevar a cabo; sino que hay acción política porque esos aparatos están allí.

Pero el problema no acaba en este punto. Ocurre que dichas estructuras obran como mediatizadoras universales de todo cuanto tiene o aspira a tener existencia pública en el seno de la Institución. En este sentido, se comportan en un primer término como agujeros negros que, por su irresistible fuerza de atracción, lo engullen todo. Y en un segundo momento, devuelven lo que han tragado, pero convertido en imagen y semejanza de sus respectivas naturalezas. Es decir, sujeto de algún modo a su propia lógica y metamorfoseado en tentáculo suyo, dentro del proceso de su incansable proliferación. Se apropian así de todo cuanto cobra relevancia en la Universidad para reducirlo a la condición de ficha en sus tableros de juego, para transmutarlo en razón justificativa de su existencia y crecimiento. Engordan con todo. Incluso los intentos que se han hecho por controlar su desarrollo y desproporción, han terminado sirviendo de ocasión a lo mismo que se quería evitar o rectificar. También, cuando se ha logrado enfocar auténticos problemas del quehacer universitario, estas instancias han estado ahí para

canalizar el proceso según sus propios términos: El resultado ha sido entonces la implantación de pseudosoluciones cuya capacidad de resolver aquellas cuestiones es problemática; pero que, sin lugar a dudas, tienen la virtud de fortalecer y desarrollar las estructuras a que he venido haciendo referencia. Por esta razón, hay que ser cauto en la Universidad Nacional a la hora de plantear algo; pues aunque se trate de la más sana intención, de la más oportuna iniciativa, siempre será bastante probable que en el camino esa intención se tuerza o esa iniciativa se desvirtúe, y todo culmine en la creación de un nuevo cargo o de una nueva oficina, o bien en mero disfraz de los afanes de poder de moros y cristianos.

Personalmente creo muy difícil que se pueda encontrar remedio a esta problemática. Sin embargo, es preciso, al menos, hacerla compatible con la sobrevivencia de la UNA. Sobrevivencia en dos sentidos: en términos absolutos, o sea, que la Institución continúe existiendo; y sobrevivencia en tanto que Universidad, esto es que permanezca capaz de cumplir competentemente con su misión esencial. Me parece que el logro de este objetivo mínimo pasa por *el fortalecimiento de las Unidades Académicas*, en cuanto "locus" del trabajo académico.

Dichas unidades viven la inmediatez de este trabajo; en ellas predomina el personal académico; y en ellas el conocimiento personal entre los individuos y el contacto directo con las problemáticas concretas, puede facilitar la superación de las divisiones políticas.

Pero no basta con esto. En realidad, esta vía de solución sólo funcionará satisfactoriamente en aquellas Unidades donde se haya alcanzado un grado de madurez suficiente como para reconocer, en forma generalizada, por encima de las diferencias políticas e ideológicas, cuáles son los problemas esenciales de la Universidad. Solo así habrá el consenso preciso para negarse en bloque a servir de caja de resonancia a las estructuras antes indicadas. Sólo así se comprenderá que la cuestión primordial está, no en los planes anuales o quinquenales, ni en los programas de campaña, sino en el buen desempeño de la labor académica cotidiana. *Que lo esencial es la recuperación del sentido académico en el plano de los hechos*; es decir, el cultivo en común de los distintos campos del saber y de hacer humanos, por medio del intercambio desinteresado de ideas, de la controversia amistosa, de la incitación recíproca al progreso intelectual, en un marco de la mayor amplitud de criterio. Porque aunque la Universidad puede expresarse y aportar en multitud de áreas, solo podrá hacerlo competentemente en tanto que académica. Si se soslaya esta nota, habrá siempre otra institución (partido político, panadería o clínica), que podrá ejecutar esa función (la que sea) mejor que ella. Por tanto cualquier proyecto que se quiera realizar en la Universidad, deberá siempre estar centrado en la labor académica y no constituir nunca una alternativa en relación con ella. Sospecho, sin embargo, que en la UNA las cosas no ocurren actualmente así; que hoy día antes que el trabajo académico de los profesores y el estudio de los estudiantes, están el trámite burocrático, los asuntos laborales, la fiesta y la parranda estudiantil y el afán de poder de moros y cristianos.

En última instancia, *se trata de desembarazar de trabas el potencial humano de la Universidad; lo cual envuelve ante todo la necesidad de simplificar funciones y trámites en cuanto sea posible, así como la de perfilar institucionalmente el sentido esencial del trabajo de todos y cada uno.*

Tengo la convicción de que pese a nuestra miseria y desorientación, la UNA cuenta con un rico acervo de recursos humanos. Lo cual es extraordinariamente significativo, ya que por ser el tipo de Institución que somos, estos recursos juegan *el* papel fundamental en su funcionamiento. La misma crisis que estamos viviendo, impone obtener de este tipo de recurso su máximo rendimiento, incluso para paliar así las carencias que surgen en otros campos que escapan a nuestro control directo. Por supuesto que este máximo rendimiento no se puede alcanzar por la vía simplista del recargo de funciones, que llevaría más bien a los efectos contrarios; sino por la procuración de condiciones que liguen la realización y la satisfacción personales al buen desempeño académico.

Parte de esto sería eliminar o al menos disminuir la presión abrumadora y dispersante que las estructuras antes mencionadas ejercen sobre los miembros de la comunidad universitaria. Personalmente he llegado a la conclusión de que en la UNA todo el personal se ve constreñido a hacer administración, dada la desorbitación que afecta a este sector. Los directores y coordinadores, a mi juicio, antes que dirigir y coordinar, administran; y hasta los profesores más alejados formalmente de la administración, se ven obligados con harta frecuencia a cumplir no pocas funciones administrativas. Mi impresión es que esto sucede no solo porque la administración es tan vasta que todo mundo debe contribuir a su gestión, sino también porque está lo suficientemente ocupada por asuntos autogenerados que se le dificulta prestar sus servicios a la academia.

Por lo que toca a la superlativa politización de la Universidad, me limitaré a un contraejemplo: Si se aplicara a mejores fines la centésima parte de la energía que se derrocha en intrigas y pleitos que sólo tienen sentido en el mezquino horizonte proporcionado por luchas políticas que, en muchos casos, hace tiempo perdieron su vigencia, estoy seguro de que hoy no estaríamos en la calamitosa situación en que nos hallabamos, palpable con solo recorrer, ya sea por las mañanas o las tardes, los desiertos edificios de aulas de la Universidad.